Algunos aspectos de literatura hispano-americana

Conferencia leída en los Cursos de Vacaciones de la Sociedad Menéndez y Pelayo de Santander, el sábado 22 de agosto de 1925 por el Profesor de la Universidad de Hamburgo Dr. D. Rodolfo Grossmann.

SEÑORAS Y SEÑORES:

Antes de entrar en mi conferencia, en que procuraré estudiar algunos aspectos peculiares de la literatura hispano-americana, me es un grato deber el expresar mis sentimientos de gratitud hacia el Sr. D. Miguel Artigas y los organizadores de este curso de vacaciones por el inmerecido honor que me dispensaron al invitarme a que hablara en este Círculo. Al mismo tiempo haré constar que como no estaba preparado a dar una conferencia, no puedo ofrecer toda la documentación que hubiera sido necesaria y que anda dispersa en mis papeletas, y por último ruego a los presentes disimulen la imperfección de mi lenguaje, motivada por una prolongada ausencia de la República Argentina en que nací y debida también, por supuesto, a la circunstancia de que el idioma corriente de ese país, como todos sabemos, dista mucho de ostentar las galas de la clásica lengua de Castilla.

¿Existe lo que podría llamarse una literatura hispano-americana propiamente dicha?

He aquí una pregunta a la que muchas personas, y hasta de las más cultas y profundizadas en la materia, solían y suelen aún, contestar con una rotunda negativa. En lo que se refiere a la época colonial, o sea, los siglos XVI al XVIII, sostienen estas personas que por no haber poseído América en aquel entonces personalidad política alguna, ni siquiera un idioma o una raza indígenas bastante poderosos para prevalecer sobre la corriente conquistadora, tampoco pudo crearse allí un ambiente propio de intelectualidad americana. Este argumento

no me parece muy acertado: Sucede, por ejemplo, que en las colonias norteamericanas que se establecieron casi al mismo tiempo y bajo condiciones en cierto punto análogas a las españolas, observamos ya desde muy temprano una afición bastante marcada a la literatura, y si nos fijamos en el desarrollo espiritual de algunos dominios ingleses que aún permanecen bajo el cetro británico, como por ejemplo Australia, hasta podríamos hablar de una literatura autóctona, que si bien se sirve del idioma inglés como vehículo de expresión, no puede de ninguna manera confundirse con las obras poéticas de los autores de la vieja Inglaterra. Lo que sí podría alegarse para evidenciar la no existencia de una literatura colonial hispano-americana, es la orientación en alto grado económica de la dominación española en el Nuevo Mundo, encaminada en primer término a explotar las riquezas del *suelo,* y no las del *ingenio* sudamericanas. A ello habrá que añadir el aislamiento intelectual en que España mantenía sus posesiones de Ultramar, que, de paso sea dicho, obedecía a un grandioso y muy razonable esquema político mediante el cual le fué posible a España dominar durante tres siglos con un puñado de hombres blancos a una población de muchos millones de indígenas, y posesionarse de un territorio cincuenta veces mayor que el de la Península. Conforme a este plan, que recién resultó absurdo en el momento en que la revolución francesa derribó las murallas chinas establecidas entre los pueblos diseminando su credo sobre todo en las guerras napoleónicas en que tomaron parte tantos americanos, conforme a ese plan, repito, hubo de ser muy severa la censura ejercida en las colonias españolas, difícil de conseguir la aprobación del gobierno eclesiástico y seglar para dar a la imprenta una obra intelectual, y casi imposible su publicación en Ultramar. En efecto, tanto el Inca Garcilaso como la religiosa sor Juana Inés de la Cruz y el Padre Landívar, de la Sociedad de Jesús, para sólo mencionar a los que de más prestigio gozaron entre sus coetáneos, tuvieron que recurrir a las imprentas de Sevilla, Córdoba, Madrid, Barcelona y hasta de Lisboa y Boloña para sacar a luz sus escritos. Si tal sucedía con los espíritus más esclarecidos y de más sólida reputación, ¿cuántas ilusiones no sepultarían en su corazón los poetas americanos de menor alcance al convencerse que no había esperanza de concretar en forma impresa las pasiones de su alma?

Hay más: Hasta parecen tener razón los que también niegan todo

elemento americano, peculiar, característico y exclusivo, a la literatura de la independencia y de los decenios que la siguieron hasta allá por el año 80. Y en efecto, fueron los primeros tres o cuatro lustros del siglo XIX para casi todas las naciones que acababan de obtener su soberanía política, épocas terribles de amenazas internas, de anarquía, y de un caudillismo desenfrenado que les absorbía gran parte de las energías indispensables para una mayor concentración intelectual. Aunque al margen de los hechos surgiera una nueva poesía política, ésta, en vez de confortar y enaltecer el sentimiento patriótico, más bien lo envilecía, abusando de la forma poética para expresar cosas que no eran de su dominio. Mucho se escribió en aquellos tiempos, pero poco para la eternidad. Ningún argentino de buen gusto tomaría hoy en serio las declaraciones con que, por ejemplo, el celebrado poeta Marmol apostrofaba al tirano Rosas de:

«Salvaje de la Pampa que vomitó el infierno
Para vengar acaso su maldición en él».

Y si aún hoy día los niños de mi país aprenden de memoria en las escuelas una composición muy tendenciosa del general Mitre, titulada «El inválido», no es sin duda por la acusación formidable contra los promotores de la lucha civil, sino por la honda compasión a un pobre estropeado de la guerra que vibra en sus estrofas. Hasta en el mismo himno nacional el gobierno, con motivo del Centenario de la emancipación de las provincias del Plata, celebrado en 1910, se vió en la necesidad de declarar oficialmente suprimidas todas aquellas estrofas que se refieren a las luchas fratricidas con España, cantándose hoy solamente el primer cuarteto de la primera y el segundo cuarteto de la última estrofa, que en términos generales contiene una invocación a los libres del mundo y a los pueblos de América.

No sólo la atmósfera política de la primera mitad del siglo, también el período de eminente desarrollo económico que le sucedió, pareció poco propicio al florecimiento de las letras. Donde domina Mercurio, callan las musas o por lo menos se presta poca atención a su canto. Por eso nada más cómodo que este argumento para pasar por alto todo este período, sosteniendo que la poesía que entonces existía en América, imitación fiel de la española, en la mayoría de sus producciones no merecía consideración alguna. Esta aserción no es del todo injusta. Ya lo hizo constar don Marcelino Menéndez y Pelayo en su famosa Antología de poetas hispano-americanos, que pasajes enteros

de las obras del argentino Varela, del ecuatoriano Olmedo, del cubano Heredia parecen citas o paráfrasis de las odas del español Quintana, y si bien en el romanticismo hispano-americano ya aparecen algunas influencias más o menos directas de Byron y de los franceses, Chateaubriand y Víctor Hugo, los verdaderos modelos que predominan en la mayor parte de América hay que buscarlos en Zorrilla y el duque de Rivas, y otros románticos españoles. Sólo en la República Argentina observamos a partir del movimiento romántico, una decidida aunque pasajera orientación antiespañola, o mejor dicho anticastellana, que pasó a tal extremo que por ejemplo un escritor tan distinguido como Juan María Gutiérrez, declinara el honor de ser recibido como miembro en el seno de la Real Academia Española y que Sarmiento, el gran educacionista y estadista Sarmiento, escribiera intencionadamente una prosa bárbara y llena de galicismos, para diferenciarla del habla corriente de España. Recién en la época del modernismo o tal vez recién en la del criollismo que le va sustituyendo en nuestros días, se manifiesta la voluntad en todos, absolutamente todos los poetas y cenáculos del Nuevo Mundo, de crear una poesía matizada con los colores del suelo y del alma americanos. Y por eso, sostienen los que no quieren conceder a la América carácter poético peculiar en ninguna de sus producciones, por eso recién en el momento actual empieza la literatura hispano-americana.

¿Tienen razón los que así opinan?

No, señores, por lo menos a mi modo de ver las cosas. El americanismo en la literatura americana no empieza con el criollismo del año 1900, ni mucho menos con la emancipación del 1800, sino con la misma conquista del 1500. En el momento en que el fiero hidalgo español, mandado por su majestad católica a conquistar tierras y glorias a la Iglesia y a la corona de España, se posesionaba de estas tierras con la intención de asegurarse en ellas la mayor independencia posible—independencia que en efecto lograron alcanzar la mayoría de los virreyes y capitanes generales de América, que por último gozaban casi de iguales prerrogativas que el soberano,—en ese momento echó también raíces lo que generaciones posteriores llamaron el americanismo o ideal americano, es decir, aquel concepto complejísimo y difícil de definir que, aunque de perfecta homogeneidad en su conjunto y finalidades, se engalana sin embargo con tanta variedad de matices como repúblicas existen en América.

Trataré de explicar la formación de ese ideal, único y múltiple a la vez.

Variadísimas fueron las razas de color con que tropezaron los primeros pobladores de América y variadísima a su vez la fusión de razas que forzosamente tuvo que resultar de este choque, debido a la casi ausencia de la mujer blanca en vastos territorios de América durante más de dos siglos. Y si añadimos a ello lo heterogéneas que debieron ser las condiciones de la vida y la naturaleza en un continente que se extiende sobre dos hemisferios, es evidente que los pobladores del Perú o de Méjico, por ejemplo, muy pronto se diferenciasen de los del Río de la Plata o de Cuba, aunque procediesen de la misma región española que aquéllos. Ahora: de la diferenciación nace la vida; ella supone un gasto de energías que, lejos de debilitar, fructifica más bien y alienta, y como semejante transformación de energías no puede a la larga pasar desapercibida en la mentalidad del individuo, también en el orden intelectual debió ejercer su influencia este proceso primitivamente biológico, en sentido de una diferenciación espiritual.

Dos series de fenómenos me parecen haber contribuído en primer término a motivar el citado proceso desde el punto de vista psicológico: los fenómenos geográficos (clima, conformación del suelo, etc.) y los de orden etnográfico o, mejor dicho, racial. No se necesita ser gran psicólogo para comprender que en el clima enervador de Cuba o de la tierra caliente de Méjico haya cundido otra raza que en las ásperas cordilleras del centro y sur de Chile. Y nada más fácil de imaginarse, por consiguiente, que en Cuba y Méjico nos encontremos con aquella poesía lírica apasionada, sensual, voluptuosa, que tan bien cuadra con la ubérrima naturaleza de los trópicos, mientras que Chile se nos presenta como el país de los sesudos y desapasionados contempladores de la existencia real de las cosas. Abundan por allá los grandes historiadores de la talla de Diego Barros Arana y los incansables acopiadores de material bibliográfico, como D. José Toribio Medina, que fuera de Chile sólo se conciben en nuestros países templados de Europa, porque únicamente allí parece que se pueden almacenar las energías necesarias para escudriñar todos los rincones de la historia y de la literatura.

Miremos, en cambio, las selvas impenetrables del Chaco paraguayo o los áridos altiplanos de Bolivia: ningún poeta de considera-

ción ha salido de ellos, a no ser que se reclame como boliviano a Ricardo Jaimes Freyre, que casi toda su vida la ha pasado en la ciudad de Tucumán, en la República Argentina.

Desde el punto de vista geográfico, las mejores condiciones para el desarrollo de una poesía americana deben ofrecerlas aquellas comarcas donde un clima medianamente templado coincide con una vegetación imponente y fecunda. Tal sucede en los valles de Méjico y en los desfiladeros de los Andes de Colombia y Venezuela, y por eso me parecen lo más genuinamente americanas de todas las poesías del nuevo continente, las engendradas o inspiradas en tales parajes, como por ejemplo aquella divina oda: *En el Teocalli de Cholula,* de Heredia, que empieza así:

¡Cuánto es bella la tierra que habitaban
Los aztecas valientes! En su seno
En una estrecha zona concentrados
Con asombro se ven todos los climas
Que hay desde el polo al ecuador. Sus llanos
Cubren a par de las doradas mieses
Las cañas deliciosas. El naranjo
Y la piña y el plátano sonante,
Hijos del suelo equinoccial, se mezclan
A la frondosa vid, al pino agreste,
Y de Minerva al árbol majestuoso.
Nieve eternal corona las cabezas
De Iztaccihual purísimo, Orizaba
Y Popocatépec; sin que el invierno
Toque jamás con destructora mano
Los campos fertilísimos, do ledo
Los mira el indio en púrpura ligera
Y oro teñirse, reflejando el brillo
Del sol en Occidente, que sereno
En hielo eterno y perennal verdura
A torrentes vertió su luz dorada,
Y vió a Naturaleza conmovida
Con su dulce calor hervir en vida.

Y en efecto, de la contemplación de la naturaleza la lira criolla ha sacado sus más fuertes impulsos. La evolución del género descriptivo es de lo más típico americano que imaginarse puede y a él se hallan circunscritos gran parte de los valores intrínsecos de aque-

lla literatura. Ha tenido que atravesar el citado género tres o cuatro etapas diferentes hasta llegar a su actual apogeo, pero etapas, y eso es lo importante, que no tienen ya su parangón en la literatura de España. La primera fué la de imponer cierto colorido exótico a un ambiente por lo demás contemplado con ojos de español, insertando en medio de descripciones de pura cepa virgiliana un catálogo de nombres de fauna y flora indígenas, como lo hace por ejemplo Juan de la Cueva al servirnos en tres renglones de verso un plátano, un mamey, una guazaba, una anona, un zapote, un aguacate, un capulí y un zapote colorado, frutos y plantas que quizá ni él mismo conocía más que por el nombre. Fué un tanto ingenuo este proceder, pero sin embargo constituye el primer paso en el sentido de una poesía descriptiva americana. Ya el Padre Landívar, en su célebre «Rusticatio», supo asociar a la forma virgiliana una sensación perfecta de la naturaleza americana, y es lástima que no se haya valido del idioma castellano, sino del latín, para expresarla. De otro modo tal vez hubiera llegado a ser un digno predecesor de los Heredia, Bello y Gutiérrez González, que con sus tres obras maestras: la oda al Niágara (de Heredia), la Silva a la agricultura en la zona tórrida (de Bello) y la Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia (de Gutiérrez González), son el fruto en que culmina la tercera etapa de la poesía pictórico-descriptiva y en que se produce el consorcio de la literatura y de la ciencia—la visión de una naturaleza americana en el alma de poetas oriundos del mismo suelo, junto con una profunda comprensión científica del mundo físico, debida sin duda, o por lo menos apoyada, por los viajes y trabajos del español Mutis y del célebre naturalista alemán Alejandro von Humboldt, que constituyen el acontecimiento científico de más trascendencia en aquella época, teniendo una repercusión enorme en América. Y la cuarta etapa sería entonces la que presenciamos actualmente en los poetas modernistas, José Santos Chocano, por ejemplo, en el cual el paisaje parece emanar del propio ser del poeta, apareciendo los objetos del mundo visible tan sólo como un reflejo simbólico de la intimidad de su alma. Y nótese que también Santos Chocano, como peruano, procede de un país relativamente templado, pero pródigo en bellezas naturales.

Si ya de las distintas condiciones geográficas nacen tan fecundas diferenciaciones, cuántas más debieron nacer de las fusiones étnicas, que en ninguna parte del globo se han producido con tanta multipli-

cidad como en América, pues son tres las razas que intervienen en ellas: la indiana o aborigen, la africana o sea la de los esclavos importados, y la europea, esta última esencialmente española en sus principios, más tarde en su mayoría italiana-española y hasta cierto punto germánica y eslavo-oriental.

Ya la cultura indiana con que se encontraron los primeros conquistadores no fué en ninguna manera uniforme. La integraban al Sur, en las pampas de Patagonia y del Plata, en los bosques del Chaco y del actual Paraguay, tribus primitivas de pueblos pescadores y cazadores sin ningún alcance intelectual, sin literatura ni escritura, sumergidos en la más completa indiferencia espiritual, y la componían en el Norte, desde Perú hasta Méjico, pueblos de una cultura asombrosa como los aztecas en Méjico, los mayas en Yucatán, los chibchas en la actual república de Colombia y los incas en el Perú, pueblos que dentro del margen de su alcance material e intelectual—si es que tienen razón las recientes teorías del conocido sociólogo alemán Osvaldo Spengler—habían alcanzado ya un grado de desarrollo mucho más avanzado que nuestros actuales pueblos de Occidente. Y ese estado de senectud y decadencia que es el último por que atraviesan tanto los individuos como los pueblos antes de ir a su ocaso, quitaba ya a nuestros indios la capacidad de estampar su sello intelectual en la cultura de los vencedores. En efecto, ningún monumento histórico o literario de importancia que tenga por autor a un indígena de estos pueblos, salvo el único Garcilaso, que es español por su educación, se conserva de la época posterior a la conquista. Los que durante algún tiempo pasaban como tal, como por ejemplo, el famoso poema «Los Aztecas», en que el vate mexicano don José Joaquín Pesado pretendía traducir o «glosar» (como él decía) cantares de un legendario rey azteca llamado Netzahualcóyotl, y también el tan discutido drama quichua «Ollantay», no son más que falsificaciones que deben más bien clasificarse entre aquellas producciones del pseudoclasicismo avanzado y del romanticismo, en que la admiración del pasado sugirió a algunos poetas la idea de suplir por documentos imaginarios la falta de otros auténticos. Fué esa una verdadera epidemia del final del siglo XVIII y de principios del XIX, que empezando con las famosas canciones del bardo galés Ossian inventadas por el inglés Macpherson y los pretendidos escritos medioevales forjados por su compatriota Chatterton, contagió a Francia, Por-

tugal, Cataluña, Alemania y hasta a los países eslavos, y como acabamos de ver, dejó también sus huellas en América.

Ya que por documentos directos no podemos comprobar la influencia de estas semicivilizaciones indígenas en la literatura, veamos por lo menos si no han quedado rastros de ella en la mentalidad de la actual raza americana. Y acerca de este punto me atrevo a sostener la tesis que precisamente los escritores castellanos nacidos en países de cultura aborigen superior, Méjico, Colombia, Perú, se distinguen de los demás por una disposición cerebral muy notable, una nota especial de ingenio que sólo me lo explico por influencias indígenas, ya que la mentalidad de los pobladores castellanos debió ser más o menos la misma en el momento en que llegaron al Nuevo Mundo y de ella no pudo resultar diferencia tan marcada. He aquí lo que entiendo por ingenio especial en aquellos pueblos: en el Perú una preciosa mezcla de chispa e ironía, de humorismo y gracia desenvuelta, una facilidad y prontitud para discurrir o inventar, que caracteriza a todas las producciones de la musa limeña y arequipeña, desde las letrillas de Felipe Pardo hasta las tradiciones de Ricardo Palma, y como muestra de la cual citaré esa pequeña composición inimitable de Pardo que se titula: *A mi hijo en sus días*.

Dichoso, hijo mío, tú,
Que veintiún años cumpliste:
Dichoso, que ya te hiciste
Ciudadano del Perú.

Este día suspirado
Celebra de buena gana
Y vuelve orondo mañana
A la hacienda, y esponjado,

Viendo que ya eres igual,
Según lo mandan las leyes,
Al negro que unce tus bueyes
Y al que te riega el maizal.

Es la misma alegre contemplación de las instituciones consagradas que se observa anteriormente en el primer cronista de esa tierra, el ya citado Inca Garcilaso: comparando, por ejemplo, los famosos Comentarios reales de este autor con las obras de los historiadores de

Chile, encontramos en estos últimos un estilo pesado, hasta tosco, podría decirse, dictado por el afán de describir los hechos con toda la frialdad del observador imparcial; en Garcilaso, en cambio, un ameno narrador que no nos expone los acontecimientos históricos tal como en realidad sucedieron, sino como él se imagina, podrían haber sucedido, dando rienda suelta a su fantasía exuberante, pero pintándolos, por ese mismo motivo, con tal vez la misma realidad intrínseca como los minuciosos y exactos chilenos.

En Colombia una aptitud mental análoga dió origen a un espíritu hondamente humanista, científico, pensador. Colombia fué el primer país que en el Nuevo Mundo cultivó las ciencias naturales y les dió un empuje extraordinario; de Colombia y Venezuela, unidos hasta el 1830, surgieron los grandes filólogos, los únicos que entre los americanos merecen este título durante el siglo pasado: Bello, Baralt y Cuervo; y en Colombia, por fin, hasta la misma poesía descriptiva adquirió el carácter de una labor científica, sin perder por ello sus valores literarios. Compárese, por ejemplo, el famosísimo poema de Gutiérrez González sobre el cultivo del maíz en Antioquia, que ya por su propio título—el autor lo denominó «*Memoria* sobre el cultivo del maíz en Antioquia», cual si fuera uno de esos informes que anualmente suelen pedir los ministerios a sus secretarías de agricultura—ya por el título este poema cuadra muy bien con el propósito de convertir en poesía, y en verdadera poesía, graciosa y sentida a la vez, cosas que en otras partes sólo suelen expresarse en la más cotidiana prosa.

En cuanto a Méjico, me parece ser un residuo indígena, aunque hasta la fecha escapado a la observación de los historiadores de su literatura, cierta precocidad intelectual que distingue a sus más destacados escritores y poetas, hasta el extremo que éstos, en muchos casos, se avanzaron al desarrollo seguido en otros países y hasta en la misma Europa. Nótese, por ejemplo, aquella inusitada curiosidad científica, que indujo a Sor Juana Inés de la Cruz a aprender a leer a los tres años y a irse, a los seis o siete, en vestidos de varón, a la Universidad de Méjico para estudiar las ciencias. Téngase presente que Sánchez de Tagle, oriundo de Michoacán, cultivaba ya el más puro clasicismo en sus odas, en una época en que otros países americanos ni siquiera pensaban en ello; que el mejicano Lizardi fué el autor de la primera novela escrita en el Nuevo Mundo, el famoso

«Periquillo sarniento», de carácter picaresco; y que Rodríguez Galván compuso piezas románticas basadas en la historia colonial de Nueva España casi a la misma época en que cundía por Francia la primera ola del teatro de Víctor Hugo. Y en tiempos modernos Gutiérrez Nájera, mejicano también él, fué uno de los primeros que tuvieron la noción exacta del modernismo, al par que su compatriota Amado Nervo, más avanzado que Nájera, hacía rematar sus escritos en pensamientos ultramodernistas, ultrasublimados, *budísticos,* como los llamaron algunos críticos, pero que seguramente no tienen nada que ver con la ideología oriental, sino que son rasgos indígenas, aztecas si se quiere, pero de todos modos americanos.

Sería abusar indebidamente de la paciencia de mi auditorio si me perdiera en más detalles sobre todas estas influencias primitivas, aunque tal vez hubiera sido necesario decir algunas palabras acerca de otro aspecto importantísimo y sumamente característico de la literatura americana que, según la opinión de muchos investigadores, es un patrimonio indio: me refiero a la vehemente y dolorosa melancolía que, conducida con moderación por unos y exteriorizada en llantos y sollozos por otros, suena como una cuerda imprescindible en el arpa de todos los vates americanos, tanto populares como los de más altas pretensiones artísticas, desde los gauchescos argentinos hasta Heredia y José Asunción Silva.

Tampoco puedo detenerme en seguir algunas huellas marcadísimas que al correr de los tiempos dejó la raza negra del Africa al mezclarse con la del Nuevo Mundo. Cuba y las Antillas, Brasil y Uruguay, fueron, como sabéis, los principales centros del tráfico de esclavos durante la época colonial, y de ahí el fatalismo, la atmósfera sensual y el impetuoso anhelo de libertad, tres distintivos de la raza africana, que se notan, por ejemplo, entre los poetas cubanos del siglo XVIII, el más afamado de los cuales, Plácido, fué hijo de un barbero mulato y de una bailarina andaluza, y también ciertos rasgos de servilismo que aparecen acá y allá en la poesía del Uruguay.

Sólo por algunos instantes séame permitido todavía hacer hincapié sobre el nuevo rumbo que la tercera de las grandes transformaciones étnicas, la que se produjo a raíz de la inmigración europea a partir de la segunda mitad del siglo XIX, señaló en algunos países de América. Todos sabemos que fueron las repúblicas del Plata las que ofrecieron el más poderoso aliciente a los europeos, al capita-

lista anglo-sajón por un lado, y al pobre, pero industrioso bracero italiano y gallego por otro. Con el advenimiento de estos elementos, toda la vida adoptó de repente una faz económica que no dejó de imprimir su sello también en la literatura, tanto la argentina como la uruguaya. Así se explica aquella predilección a los temas prácticos, la cría de ganados, por ejemplo, que con arte magistral, y valiéndose de los procedimientos de la novela experimental de Zola, describió en su novela *Beba* el montevideano Carlos Reyles, y a los conflictos propios de la nueva sociedad rioplatense, que se plantean en el teatro del uruguayo Florencio Sánchez o en las novelas del argentino Manuel Gálvez. En ellas desempeñan un papel preponderante la mujer obligada a ganarse la vida con la labor de sus manos; la maestra normal y la pequeña empleada de comercio; el criollo que, despreciando el trabajo de los gringos advenedizos, los ve sin embargo prosperar y acumular caudales; el hijo culto de inmigrantes progresistas que, al penetrar en las universidades y en los círculos refinados de la capital, se da cuenta del abismo que le separa de sus padres, y otros caracteres por el estilo. Todo eso da a la literatura rioplatense de nuestros días un matiz tan especial y, vuelvo a repetirlo, tan legítimamente americano, que sería imposible imaginarse que, por ejemplo, una de las citadas novelas de Gálvez o de las piezas de Sánchez se hubiesen escrito en España.

Volviendo al punto de partida de mis consideraciones, creo haber demostrado que no es justo negarle a la literatura hispano-americana en casi toda su extensión una nota sobresaliente que la distingue de la española, un colorido particular en cada una de las diez y ocho repúblicas que a ella contribuyeron. Pero, y es este un punto esencial, de más trascendencia tal vez que la cuestión del americanismo literario mismo: la literatura hispano-americana no es una literatura *per se*. Estuvo, está y quedará ligada para siempre a la de la Península. Puede ser que las estadísticas tengan razón al comprobar que la raza argentina, por ejemplo, se vuelve cada día más blanca de cutis y de pelo más rubio, debido a la influencia anglo-sajona, teutónica y norte-italiana: lo importante es que todos los individuos nacidos de esa fusión de razas, en tanto permanezcan radicados en el país, conservan la lengua castellana y no la de sus padres, y con ella también los modales y la manera de pensar castellanos. Por eso, el problema de la existencia o no existencia de una literatura propia

en el Nuevo Mundo, en mi opinión es sólo de orden secundario. Concedido que desde el 1800 al 1890, aproximadamente, la literatura hispano-americana va al compás de la castellana, admitido que, al contrario, en la generación española del 98 palpita algo del americanismo rubendariano de la escuela moderna, el hecho es que existe en el dominio de las letras una magna España, de vitalidad asombrosa y que despliega un afán intelectual prodigioso por doquier extienda su habla, ya fuera el dialecto rústico y provinciano de las tierras de América, ya el urbano y elegante hablar de la vieja Castilla. Y esta mutua compenetración, esta fusión espiritual, es precisamente lo que me da la fe en el gran porvenir de ambas literaturas, la española y la americana, o mejor expresado, la única e indivisible literatura castellana.

HE DICHO.